

SUMARIO

Ruptura.....	R. B. M.
Madrigal.....	V. M. R.
Pasatiempo del sábado.....	Figarín.
Protesta.....	Z.
Fantasías ultraterrestres.....	H. N. R.
Cables.....	

Gerente: ROBERTO BRENES MESÉN

Ruptura

La noche buscaba ya la sombra de los árboles. Los cuatro jóvenes subían la pendiente del potrero, las cuatro largas sombras se borraban, se consumían en la yerba. Cuando llegaron á la cumbre se detuvieron á mirar el cuarto creciente de la luna era una sortija con una piedra de ópalo, mirada de perfil.

—Sentémonos—dijo una niña de las tres paseantes.

—Sentémonos—repitió Manuel. Ellas tres y él lo hicieron.

Manuel tomó el delantal de Julia, su amiga predilecta, y se rocó en él, al lado de ella.

—Ustedes—continuó Julia, nos acusan de volubles, de pérfidas y si mirasen las cosas con un poco más de independencia, sin el orgullo del sexo, tendrían que convenir en que esa volubilidad es de ustedes.

—Por supuesto! —exclamaron las dos amigas.

—Tú, Julia, nunca me habrás oído esa expresión en serio —replicó Manuel— he reflexionado mucho y me hallo convencido de que ustedes las mujeres son mejores de lo que piensan los hombres.

Sí es verdad, los volubles son ellos y ellos los culpables de muchas cosas que condenan en ustedes.

Los hombres no quieren la independencia de juicio de las mujeres: lo que ellos dicen ha de ser bueno á todo trance. De allí que ustedes, con harta frecuencia, dicen sí incondicionalmente. Ustedes, sin embargo, tienen en su poder un medio para satisfacer las exigencias de la volubilidad del hombre. La timidez de ustedes y sobre todo la educación las colocan en una posición de inferioridad

humilde cuando debieran tratar con él de igual á igual.

—Pero cuál es ese medio?—preguntó Paulina.

—Ser como él —replicó el joven—y no como son ustedes. Hay que recordar que ustedes poseen una inteligencia, un corazón y una voluntad como él. Y mientras los hombres tienen á orgullo conservar libre su voluntad, ustedes han llegado á creer que es una virtud abdicarla, ponerla en sus manos y hacer como ellos quieren, lo que ellos quieren, cuando lo piden. Con semejante abdicación se convierten en esclavos y el hombre no sabe amar á las esclavas; les tienen piedad, arruina su belleza y luego las miran con frialdad y lleva todos los días á su hogar un puñado de cenizas que fueron en otro tiempo amor.

Amen, adoren, pero no rindan la voluntad y la conciencia á la merced del hombre. La inteligencia, el corazón, la educación de la mujer completan la inteligencia y el corazón del hombre. Si ustedes en las primeras entrevistas del amor depositan, como un homenaje, toda su voluntad, que otra cosa dejarán ustedes para avivar las ansias de conquistar que animan al hombre?

Piensen que este se empeña en adquirir el dominio de la voluntad ajena. Cuando su estandarte de imperio flota en la más alta torre de una voluntad, ya no tiene que hacer nada más y comienza á descender para alejarse.

—Y eso que usted acaba de decirnos es lo que piensan todos? —interrumpió de nuevo Paulina.

—No se si todos piensan como yo, lo que les aseguro es que lo sienten como yo.

—¿Cuál sería entonces tu consejo?—preguntó Julia. Manuel continuó.

Si el hombre se ha empeñado en no aceptar una voluntad femenina frente á la suya no será el mejor medio de conquistarlo, darle satisfacción á su deseo. Él va tras el dominio de una voluntad. Mientras no lo alcance irá tras él. Será preciso que conciba la esperanza de lograrlo, porque sin

ella se fastidiaría; pero jamás, jamás deberá conseguirlo definitivamente.

—¿Ni después de casado?

—Ni después. Habrán observado ustedes cómo se muestra obsequioso y fino el marido que halla en su mujer un corazón, una inteligencia y una voluntad independientes. Cuando ella razona él escucha. Cuando sólo él razona en el hogar, se marcha, porque allí está solitaria su alma.

—Ah —ya comprendemos el porqué de su ruptura con Emilia —dijo Enriqueta, hasta entonces silenciosa.

—No vayan ustedes a creer —contestó Manuel. Emilia me resistía á mí; en cambio estaba dominada por otra voluntad y mi desilusión fué profunda.

—No puede ser —interrumpieron las tres; y luego continuó Paulina: —sabemos que le ha querido mucho, lo que usted dice no es posible. Manuel se incorporó y dijo con gravedad serena:

—Me quería, no lo dudo; pero la perspectiva de un matrimonio con ella me llenó de espanto hace diez días.

Llegué esa noche. Advertí en la conversación como la penumbra de un escrúpulo. Le pregunté si se había confesado esa tarde, me respondió que sí. Quedé en silencio. Poco á poco se fué iluminando en mi imaginación una escena dolorosa. Ella me preguntó en qué pensaba. Casi no la oí. La angustia vino á sentarse entre los dos. Callábamos. Por último ella habló: —Le ha disgustado algo en mí? Hable! Y hablé. Las palabras se me desbordaban. No es ya usted, Emilia, la mujer que yo soñaba. La voluntad fuerte que admiraba en usted, no existe y nuestro hogar no sería dichoso. Usted ha colocado entre su corazón y el mío un par de ojos extraños, un par de oídos curiosos, una boca y un pensamiento. Nada habra secreto entre los dos. Su voluntad será gobernada por un interés ajeno y no por los hermosos impulsos que yo había adivinado en su corazón. Todos mis anhelos, todos mis ensueños serán vistos, oídos, juzgados, comentados, comba-

tidos por un ser extraño levantado entre los dos. Los ardorosos proyectos de mi vida podrán hallar un obstáculo inesperado que usted con sus confesiones habrá ido forjando lentamente y sin quererlo quisá. Sobraría un ser sombrío en nuestro hogar. Su voluntad sin ser mía, no sería de usted tampoco. Sería un hogar monstruoso: dos seres y tres voluntades. No, amiga mía, rompamos, esto me llena de espanto. Casado yo con una voluntad que no veo pero que siento en todos los instantes de mi vida? No, eso no es posible Emilia. Que acabe aquí cuanto yo había soñado.

Las lágrimas humedecieron sus ojos cuando yo salí de la casa. Pero no sé porqué siento que me he salvado de un peligro y desde esa noche abrigo la más sentida compasión por los maridos que aceptan en el interior de su hogar un ser extraño y sombrío que gobierna las intimidades del alma de su compañera, intimidades á donde ellos no llegan porque el secreto de confesión ha roto el puente.

Venus rozaba el horizonte cuando los cuatro paseantes emprendieron de nuevo el camino hacia la casa, meditando, más que conversando.

ROBERTO BRENES MESÉN.

MADRICAL

Si el aura matinal, de aromas llena, bate las alas, suspirando amores, en el haz de brillantes resplandores de tu blonda melena; si los estuivos del nocturno astro, que puro y limpio y solitario brilla, rodando por tu frente de atabastro van á esconder su luminoso rastro, creyéndola un coral, en tu mejilla; si todo cuanto vuela, ídolo mío, desciende á tí y tu semblante toca, ¿Por qué mi beso, pájaro sombrío, que se entumece y morirá de frío No calienta sus plumas en tu boca!

VICTOR M. RACAMONDE

PASATIEMPO del SABADO

Ya lo dijo Pero Grullo cierta vez que amaneció escritor, cual so emos amanecer casi todos en estas regiones tropicales. "Escribir de arte en América y para América, sublime abnegación! N ble empeño de almas soñadoras!"